

laremos los principales: los caracteres de la raza, escuetos ó fluídos, pobres ó exuberantes; el género de vida, completamente salvaje ó al florecer la civilización; el medio cósmico, pues la naturaleza exterior no se refleja en el cerebro del indio como en el del escandinavo; y, en fin, ese conjunto de causas menudas é imprevistas que se resumen en la palabra casualidad.

Las múltiples combinaciones de esos factores diversos, con la influencia de uno ó de otro, explican las innúmeras concepciones imaginativas del mundo, en oposición con la unidad y simplicidad de las concepciones científicas.

II

La forma de imaginación que nos ocupa, por razón de su carácter no individual, anónimo y colectivo, alcanza un desenvolvimiento secular que puede seguirse en sus fases sucesivas de ascensión, de apogeo y decadencia. Ante todo, ¿es necesariamente inherente al espíritu humano? ¿hay razas ó grupos de hombres totalmente desprovistos de mitos? Cuestión casi semejante á esta otra, tantas veces planteada: ¿existen tribus completamente exhaustas de sentimiento religioso? Si es muy dudoso que no le tengan en la actualidad, es probable que no le hayan tenido en su origen, cuando el hombre traspasó, no sin trabajo, el nivel de la animalidad, á menos que no se admita con Vignoli (obra citada) que entre los animales superiores se encuentran ya formas embrionarias del animismo:

En todo caso, es lo cierto que la creación mítica apareció muy pronto, como puede inferirse de la ex-

trema puerilidad de algunas leyendas. Los salvajes que han podido conocerse (los iroqueses, los aborígenes de Australia y los naturales de las islas Andaman), creen que la tierra fué en un principio estéril y seca, todo el agua se la había tragado una rana ó sapo gigantesco, á quien se le hizo que la vomitara á la fuerza por medio de algunas cómicas estratagemas; así son las imaginaciones del niño. Entre los indios, el mismo mito llega hasta lo épico: el dragón que vela por las aguas celestes, de las cuales se ha apoderado, es herido por Indra, después de una lucha heroica; y este último las restituye á la tierra.

Las cosmogonías, observa Lang, ofrecen un buen ejemplo de desenvolvimiento de los mitos y es fácil señalar uno por uno los peldaños de la escala, según el grado de inteligencia y de cultura. Los naturales de Oceanía creen que el mundo fué creado y organizado por arañas, saltamontes, y pájaros diversos; pueblos más avanzados ven en los animales poderes que les prestan dioses ocultos (tales son algunas divinidades mejicanas); más tarde, en fin, todo rasgo de animalidad desaparece y el carácter del mito es exclusivamente antropomorfo. (1) Kühn, en una obra especial, ha demostrado cómo las etapas sucesivas de la evolución social se expresan en las etapas sucesivas de la mitología: mitos de caníbales, de cazadores, de pastores, de agricultores y marinos. Hablando del salvaje nato, Max Müller admite por lo menos dos períodos (el uno pan-ariano y el otro indo-irano) anteriores al período védico (2). En el caso de esta evolución lenta, el trabajo imaginativo

(1) Lang, obra citada.

(2) M. Müller, obra citada.

sale poco á poco de la infancia y se hace cada vez más complejo, sutil y refinado.

En la raza aria, la época védica, á pesar de su ritualismo sacerdotal, es considerada como el instante por excelencia del florecimiento mítico. «El mito, dice Taine, no es aquí (en los Vedas) un disfraz, sino una expresión; ningún lenguaje más propio y más flexible; deja entrever, ó más bien se perciben con claridad, las formas de las nubes, los movimientos del aire, los cambios de las estaciones y todos los accidentes del cielo, del fuego y de la tempestad; nunca la naturaleza exterior ha encontrado un pensamiento tan amoldado y tan ductil para reproducir con él la inagotable variedad de sus apariencias; esta imaginación, es tan undulante como la naturaleza misma. (1).» En efecto, todo lo anima, no solamente el fuego en general (Agni), sino las siete formas de la llama, la madera que arde, los diez dedos del sacrificador, la piedra misma, y hasta la balaustrada que encierra el altar; este es un ejemplo entre otros muchos.

Los partidarios de la teoría lingüística, han podido sostener que en este momento cada palabra es un mito, porque cada palabra es un apelativo que designa una cualidad ó un acto transformado por la imaginación en substancia. Max Müller ha traducido un pasaje de Hesiodo sustituyendo en él los nombres que expresan imágenes con el lenguaje analítico, abstracto y racional de nuestros días, é inmediatamente toda la materia mítica se desvanece. Así, „Selene ha dormido á Endimión con sus besos,” se convierte en esta fórmula seca, «es de noche.» Los más hábiles lingüistas declaran con frecuencia que son incapaces de trans-

(1) *Nouveaux essais.*

portar el idioma fluido de la edad imaginativa á nuestros idiomas de anotación algebraica (1). El pensamiento por medio de imágenes no es el mismo cuando toma un vestido racional.

Este estado mental que, en el desenvolvimiento libre de la imaginación, marca el apogeo, no se halla actualmente más que en los místicos y en algunos poetas; en ellos también ha conservado el lenguaje numerosos vestigios en las locuciones corrientes, pero cuya significación mítica se ha perdido; el sol se eleva, el mar es pérfido, el viento está furioso, la tierra tiene sed, etc.

A este período, triunfante, en las razas que han evolucionado, es decir, que han traspasado la edad imaginativa, sucede el período descendente, de regresión y decadencia; para comprenderlo y saber el cómo y el porqué, hemos de hacer notar primero que los mitos son reductibles á dos grandes categorías:

Los mitos *explicativos*, hijos de la utilidad y de la necesidad de conocer *sufren una transformación radical.*

Los mitos *no explicativos*, nacidos de una necesidad de lujo, del puro deseo de crear, no sufren más que una *transformación parcial.*

Sigámosles en el cumplimiento de sus destinos.

1.º Los mitos de la primera categoría, que responden á las varias formas de la necesidad de conocer para obrar en consecuencia, son los más numerosos. El hombre primitivo, ¿es naturalmente curioso? Esta cuestión ha sido resuelta de diferente modo; Tylor dice que sí, y Spencer dice que no. Por lo ge-

(1) Véase en Lang un pasaje del Rig Veda con cuatro traducciones completamente distintas de Wilson, Benfey, Langlois y Max Müller.

neral es difícil que no sea curioso; le va la vida en ello, pues se halla en presencia del universo como nosotros en frente de un animal ó de un fruto desconocido, ¿es útil ó perjudicial?

Tiene tanta necesidad de una concepción del mundo cuanto que siente depender de todo; mientras que nuestra subordinación, con respecto á la naturaleza, está limitada por el conocimiento de sus leyes, él está por razón de su animismo en la posición que nos encontraríamos nosotros delante de una asamblea de personas á quien tuviéramos que evitar ó buscar, conciliarnos ó rendirnos necesariamente; no tiene más remedio, pues, que ser curioso *prácticamente*, porque le es indispensable para su conservación. Se ha alegado la indiferencia del hombre salvaje por los utensilios complicados de la civilización (un barco de vapor, un reloj de bolsillo); ante esos objetos lo que denota no es falta de curiosidad, sino ausencia de entendimiento ó de interés por lo que no considera como inmediatamente útil para satisfacer sus necesidades.

Su concepto del mundo es obra de su imaginación, porque para él no hay otra cosa posible; el problema se plantea á sus ojos imperiosamente y le resuelve como puede, y el mito es una respuesta á una multitud de necesidades teóricas y prácticas. La explicación imaginativa hace veces para él de una explicación racional que no ha nacido todavía, y que no puede nacer por razones insuperables: primero, lo precario de su experiencia, encerrada en un círculo exiguo, engendra una multitud de asociaciones ilegítimas, que quedan insolubles por ausencia de otras experiencias que las contradicen y las anulan; después, la debilidad extrema de su lógica, y espe-

cialmente de su concepto de la causalidad, que á menudo se reduce á un *post hoc, ergo propter hoc*; de ahí la honda subjetividad de su interpretación del mundo. En fin, el hombre primitivo hace sin excepción, sin reservas y con imágenes lo que la ciencia hace por excepción, con reservas y por conceptos: hipótesis.

Como se ve, los mitos explicativos son la condensación de una filosofía práctica, proporcionada á las necesidades del hombre de las primeras edades ó poco cultas; luego viene el período de transformación crítica, ó sustitución lenta y progresiva de una concepción racional del mundo á la concepción imaginativa, que resulta del trabajo de *despersonificación* del mito, que se despoja poco á poco de su carácter subjetivo y antropomórfico, para llegar á ser cada vez más objetivo, *sin conseguirlo jamás completamente*.

Esta transformación se verifica gracias á dos puntos de apoyo principales: la observación metódica y prolongada de los fenómenos, que sugiere la noción objetiva de estabilidad y de regla en oposición á los caprichos del animismo (ejemplo, los trabajos de los antiguos astrónomos de Oriente); y el poder creciente de la reflexión y del rigor lógico, por lo menos entre las razas bien dotadas.

No entra en nuestro propósito volver á trazar las peripecias de esta lucha secular en que la imaginación, asaltada por un poder rival, pierde poco á poco sus posiciones y su preponderancia en la interpretación del mundo; bastarán algunas observaciones.

En su origen, el mito se transforma en especulación filosófica, pero sin desaparecer del todo, como se ve en las especulaciones místicas de los pitagóri-

cos, y en la cosmología de Empédocles, regida por dos entidades humanizadas: la Amistad y la Discordia; hasta para Thales, espíritu positivo que observa y calcula los eclipses, el mundo está lleno de *demonios*, resto del primitivo animismo; en Platon, sin hablar de su teoría de las ideas, el empleo del mito no es solamente un juego, sino una supervivencia.

Este trabajo de eliminación, comenzado por los filósofos, se afirma más con los primeros ensayos de la ciencia pura (los matemáticos alejandrinos, los naturalistas como Aristóteles y algunos médicos griegos). Sin embargo, sabido es cuán vivas subsisten las concepciones imaginarias, hasta el siglo XVI, en la física, la química y la biología; también es conocida la lucha encarnizada que en los siglos siguientes se libró contra las cualidades ocultas y los métodos fantásticos; hasta en nuestros días Stallo ha podido proponerse escribir un tratado "acerca de la mitología en la ciencia". Sin hablar por el momento de *hipótesis admitidas como tales* por razón de su utilidad, quedan todavía en las ciencias muchos vestigios latentes de antropomorfismo primitivo.

Al comenzar el siglo XIX aún se admitían muchas "propiedades de la materia" que en nuestro tiempo se consideran como simples modalidades de la energía, pero esta noción última, expresión de la permanencia bajo las diversas manifestaciones de la naturaleza, no es para la ciencia más que una fórmula abstracta y simbólica; si se trata de darla cuerpo, de hacerla concreta y representable, entonces, se quiera ó no, se resuelve en el sentimiento del esfuerzo muscular, es decir, toma un carácter humano. Sin traer otros ejemplos, se ve que al final de esta regresión lenta, la imaginación no se aniquila completamente, aunque retroce-

da sin cesar ante un adversario más sólido y mejor armado.

2.º Además de los mitos explicativos, hay otros que no tienen pretensión alguna de esta especie, aunque hayan podido ser sugeridos en su origen por algún fenómeno de la naturaleza animada ó inanimada. Son mucho menos numerosos que los anteriores, porque no responden á las múltiples necesidades de la vida; tales son las narraciones épicas ó heróicas, los cuentos populares, las novelas (que se encuentran ya en el antiguo Egipto); es la primera aparición de esa forma de actividad estética que llegará á ser más tarde la invención literaria. Aquí la actividad mítica no sufre más que una metamorfosis superficial, el fondo no cambia; la literatura es una mitología transformada y adaptada á las condiciones variables de la civilización. Si esta aserción parece dudosa ó irreverente, téngase en cuenta lo que sigue:

Históricamente, de los mitos en que al principio no figuran más que personajes divinos, salen las epopeyas (indas, griegas, escandinavas, etc.), donde los dioses y los héroes se confunden y viven del mismo modo, bajo un pie de igualdad; después, el carácter divino se borra poco á poco, y el mito se acerca á las condiciones ordinarias de la vida humana, hasta que se convierte en una novela romántica y, por último, realista.

Psicológicamente, el trabajo imaginativo que primero ha creado los dioses y los seres superiores, ante los cuales el hombre se inclina porque los ha forjado sin tener conciencia de ello, se humaniza cada vez más y se convierte en consciente, pero sin que dejen de ser una proyección de los sentimientos y de las ideas de la naturaleza del hombre esos seres ficticios

á los cuales la creencia del creador y de sus lectores confieren una existencia ilusoria y momentánea; los dioses llegan así á ser juguetes, de los cuales el hombre se hace dueño y los trata según le place. A pesar de los múltiples escritores técnicos, estéticos, colecciones documentarias y reproducciones de la vida social, la actividad creadora de la edad primitiva queda inalterable en el fondo; la literatura es una mitología decadente y razonada.

III

La actividad mítica de los tiempos antiguos, ¿existe todavía en los pueblos civilizados, no modificada como en la creación literaria, sino en su forma pura, como obra no individual, colectiva, anónima é inconsciente? Sí, en la imaginación popular cuando crea las leyendas. Pasando de los fenómenos de la naturaleza á los personajes y acontecimientos históricos, la imaginación constructiva toma una actitud algo diferente que pudiera caracterizarse así:

La leyenda es al mito lo que la ilusión á la alucinación.

El mecanismo psicológico es igual en los dos casos; la ilusión y la leyenda son imaginaciones parciales, y la alucinación y el mito imaginaciones totales; la ilusión puede recorrer todos los grados que median entre la percepción exacta y la alucinación, como la leyenda puede recorrer también todos los grados que existen entre la historia exacta y el mito. Entre la ilusión y la alucinación, la diferencia es á veces indiscernible, como también ocurre algunas veces entre la leyenda y el mito; la ilusión sensorial se produce por una adición de imágenes que transfor-

man la percepción, y la leyenda se produce asimismo por otra adición de imágenes que cambian al personaje ó al acontecimiento histórico. La única diferencia está pues en la materia elaborada, que, en un caso, es un dato de los sentidos, un fenómeno de la naturaleza; y en el otro, un dato de la historia, un acontecimiento humano.

Establecida de este modo la génesis psicológica de las leyendas, ¿cuáles son, según los hechos, los procedimientos inconscientes que emplea la imaginación para crearlas? Se pueden distinguir principalmente dos.

El primer procedimiento es una fusión ó combinación; el mito precede al hecho, y el personaje ó acontecimientos históricos entran en el cuadro de un mito preexistente: "Es indispensable que el molde mítico se forme antes de que se vierta en él, en esadotmás ó menos fluído, el metal histórico".

La imaginación había ya creado una mitología solar mucho antes de que los griegos la encarnaran en Heracles y sus hazañas. "Históricamente ha existido un Rolando y quizás un Arthur, pero la mayor parte de los memorables hechos que les atribuye la poesía de la Edad Media les habían realizado ya mucho tiempo antes los héroes míticos, de los cuales se habían olvidado hasta los nombres (1)"; unas veces el hombre, totalmente ahogado por el mito, se hace en absoluto legendario, y otras toma una aureola prestada que le transfigura; exactamente lo mismo que ocurre con el fenómeno más sencillo de la ilusión sensorial, donde tan pronto lo real (la percepción), desvanecido por las imágenes, se transforma, y el elemento ob-

(1) Max Miller, obra citada.

jetivo se reduce á casi nada, como el elemento objetivo domina, pero con numerosas deformaciones.

El segundo procedimiento, que puede actuar juntamente con el otro, es la idealización. La imaginación popular, encarna en un hombre real su ideal de heroísmo, de lealtad, de amor y de piedad ó de cobardía, de ferocidad ó de otras perversidades. Este procedimiento es más complejo; supone, además de la creación mítica, un trabajo de abstracción por el cual se escoge del personaje histórico un carácter dominante, y todo lo demás se suprime y arroja al olvido; el ideal se convierte en un centro de atracción, alrededor del cual se forma la leyenda y la invención novelesca. Compárense á los Alejandro, Carlomagno y Cid de la Edad Media con los de la historia.

Aun muy cercano á nosotros, ese procedimiento de simplificación á todo trance (que la ley de inercia mental ó del menor esfuerzo basta para explicarlo), subsiste todavía: Lucrecia Borgia ha quedado como el tipo del libertinaje, Enrique IV de la bohemia, etcétera; las protestas de los historiadores y los documentos que alegan en contrario no sirven de nada; la obra de la imaginación resiste á todos los asaltos.

Para concluir; acabamos de recorrer un período de la evolución mental en el que la creación imaginativa reina exclusivamente, lo explica todo y para todo se basta. Se ha dicho que la imaginación del salvaje es "una locura temporal"; así nos parecería si no fuera muy á menudo un esfuerzo hacia la sabiduría, es decir, hacia la comprensión de las cosas. Muy justo fuera decir con Tylor "que la imaginación del salvaje representa un término medio entre el hombre de nuestra época, prosáico y etiquetero, y el loco furioso ó simplemente delirante".

CAPÍTULO IV

LAS FORMAS SUPERIORES DE LA INVENCION

Vamos á pasar del hombre primitivo al civilizado, de la creación colectiva á la individual, cuyos caracteres estudiaremos según nos los manifiestan en conjunto los grandes inventores. Afortunadamente podemos ahorrarnos de tratar la cuestión tan discutida, y nunca resuelta, de la naturaleza psicológica del genio, pues como ya se ha dicho anteriormente, entran en su composición otros factores que la imaginación constructiva, aunque esta no sea la menos importante.

Por otra parte, siendo los grandes hombres excepciones, anomalías ó, según la frase muy en voga, "variaciones espontáneas", se puede preguntar *in limine* si su psicología es explicable por algunas fórmulas simples, como para la mayor parte de los hombres, y si en sus monografías no se aprende mucho más acerca de su naturaleza que en las teorías generales que nunca están de acuerdo unas con otras. Tomando pues el genio como sinónimo de grande inventor, y aceptándolo á título de hecho histórico y psicológico, nuestra tarea habrá de limitarse á seña-